

III.

EL MEDIODÍA Y LA TARDE.

Hemos dicho que las doce *suenan*, y ahora tenemos que añadir que en Madrid no son *oídas* sino por aquéllos que tienen péndula en su casa ó viven debajito del Ministerio de la Gobernación, de Palacio, de la Trinidad, de San Juan de Dios ó de cualquier otro edificio público. Muy al contrario, en provincias, del propio modo que ya *sonaron*, de nueve á diez, donde hay Catedral, las tres campanadas del *Credo*, con gran lucimiento de la campana gorda y dando ocasión á todos los fieles católicos para que, donde quiera que les pilla, recen el *símbolo de los Apóstoles...*, suenan también y son oídas las *doce*, y, además de las doce, las otras tres gordas campanadas que se llaman las *Ave-Martas*, que así-

mismo reza piadosamente todo *pobre de espíritu*, como ya rezarían otras tres al *toque del alba* cuantos se hallasen despiertos, y como luego habrán de rezar las del *toque de oraciones...*

Y todo esto, ¿por qué?—¡Ah! Porque no se sabe fijamente á qué hora el arcángel San Gabriel anunció á María que concebiría por obra y gracia del Espíritu Santo.—Y ¿por qué lo otro? Quiero decir: ¿por qué termina la mañana al sonar las doce?—Porque en tal instante ha llegado el sol al respectivo meridiano (dado que no esté descompuesto el reloj que sirva de aviso); con lo que todos los jornaleros y peones sueltan las herramientas y se marchan á *comer*, mientras que los que viven á la francesa dicen al criado que les sirva el *almuerzo*.

Al llegar aquí reparo en que me he dejado atrás *las once*, dado que *las once* de que se trata representen una hora fija. Diré, pues, que *las once*, ó *tomar las once*, para las gentes que comían ó todavía comen el puchero al llegar el sol al cénit, es, genuinamente hablando, beberse con

una hora de anticipación el vino que luego se echa de menos en su comida... ¡*El vino en la taberna!* ha dicho siempre toda *perfecta casada* á la antigua española, particularmente la andaluza, sin consentir que en la bendita mesa figure otro líquido que el agua clara, *regalo de Dios...* Para los canónigos, curiales y demás señores de provincias que comían (y aun siguen comiendo en muchos pueblos) á las dos de la tarde, la hora clásica de tomar *las once* es la una, con la circunstancia de que su vino es *de pulso*, quiero decir, añejo y más ó menos generoso, y va acompañado de un bizcochillo ó cosa tal... Y hay otras *once*, que se toman á las dos ó las tres, por la corrupción de los tiempos, ó sea por haberse almorzado *á las tantas* y no contar con caer sobre sopa hasta las cuatro; pero al fin acontece que, en fuerza de tardanzas y moratorias, estos pisolabis y trinquis vespertinos llegan á perder su denominación, y entonces usurpan la de *merienda*, en remembranza vergonzante de aquellas legítimas meriendas españolas que *se ha-*

clan á la puesta del sol (para mí todo esto es ya pretérito), y con las cuales se podía tirar hasta «las ánimas,» hora en que se servía la cena...

Pero volvamos al mediodía.

La misma diversidad y confusión que respecto de los almuerzos y de las comidas, existe respecto de la *siesta*. Muchos señores provincianos la duermen de doce á dos, antes de comer, y entonces se llama *la canóniga*. Indudablemente es la menos dañina, por cuanto se tiene el estómago desocupado, y establecióla los canónigos, como ya lo dice su nombre. Puede, sin embargo, ocurrir (yo no digo que ocurra) que algún Prebendado vuelva á dormirse en el coro de tres á cuatro, durante las Vísperas, especialmente en estos pícaros meses de estío. La gente obrera y labradora duerme también *siesta* desde Junio hasta Septiembre; pero es después de haber comido, y termina á las tres en punto, hora en que vuelve á sus faenas. Muchos seglares acomodados, y que por consiguiente comen más de lo preciso, la duermen, en fin, de tres

á seis, y se despiertan de muy mal humor, por no haber adelantado mucho en la digestión de los fideos, los garbanzos, las judías, el tocino, la carne, los tomates, los pimientos, las patatas, el revoltillo, el gazpacho, la fruta y el dulce que constituyen el ordinario banquete nacional en el verano...

Acerca de las carnívoras personas de Madrid que viven á la francesa ó á la inglesa y acaban de comer á las nueve ó diez de la noche, nada tenemos que revelar en punto á *siesta*... ¡Estos señores se lo duermen todo de un tirón antes de darse á luz por la mañana! Volvamos, pues, á nuestras provincias, y declaremos que pocas *horas* tan deliciosas pueden pasarse sobre la tierra como una siesta andaluza, de esas nocivas á la salud, y rayanas con la apoplejía, de tres á siete de la tarde, en una sala baja lindante con el patio; oyendo entre sueños el monótono susurro del caño de agua que vela mientras todos duermen; aspirando el aroma de las macetas de albahaca, adornos ó claveles, defendidos del sol por toldos y

cortinas; luchando con alguna mosca que burló vuestras precauciones y que os mantiene en cierto fantástico duerme-vela, ó sea entre la realidad de tan fresco y poético sitio y las orientales quimeras de la imaginación, poblada siempre de huríes en aquellas endiabladas zonas, cuando se es joven, como lo ha sido alguna vez todo el mundo... *Está aquí...* (dice el ensueño).—*No está aquí; que es la mosca; pero la verá á la noche...* (responde la vigilia).—*Me besa...* (murmura la ilusión).—*No me besa; que es la pícara mosca...* (contesta el discernimiento).—Y, entre tanto, suena allá, en la calle, en el mundo del sol de la canícula, algún grito de achicharrado vendedor de *agua helada* ó el enjaulado canario medio dormido tararea alguna trova de amor, hasta que el mundo despierta de su letargo, y descubren el toldo, y vuelven á formalizar su concierto las golondrinas, y corre el viente-cillo de la tarde, y llegan el hermano ó el camarada, diciéndoos: ¡*Arriba, peregrinos!*... ¡*Vámonos á la viña, á la huerta ó á la era!*... ¡*Á la noche dormirás más!*

Saltemos otra vez de Madrid, y digamos algo de sus *tardes* de verano y de invierno, con perdón de los respetables lectores moratinianos que se hayan cansado de tanto viajar por el presente artículo, y echen de menos las unidades de acción, tiempo y lugar, que ya sólo se estilan dentro de la tumba...

Verdaderamente, en Madrid no hay verano para las personas de alto copete, supuesto que todas ellas y algunas sin copete ninguno se marchan á provincias ó á tierra extranjera, tan luego como aprieta el calor, y las restantes viven escondidas en los camarotes de su respectivo medio piso, con todos los balcones herméticamente cerrados, cuidando del botijo de agua fresca que constituye todas sus delicias, y defendiendo contra la polilla su equipaje de invierno, hasta que, cerca del obscurecer, se reúnen en el Prado de San Jerónimo, donde continúan asfixiándose y aburriéndose, sin más recreo que ver alguna vez á tal ó cual amigo, también fastidiado, que les recuerda ó promete los placeres de la chimenea, del paletot, de

la capa, del abrigado Café lleno de humo, del caldeado Teatro Real, etc., etc.

Estos placeres del invierno de Madrid consisten, por la *tarde*, en dos cosas principalísimas: para los hombres ó caballeros, en hablar de política, ya sea en las Cortes, ya en los cafés, ya en los casinos, ya tomando el sol en los paseos públicos... (porque la política es todo ó el camino de todo en estos tiempos de régimen constitucional); y para las mujeres ó damas, en envidiar ó criticar las unas los vestidos y sombreros de las otras, ó sus carruajes y caballos, salvo el fugitivo momento que dedican á mirar al mozallete favorito, cada vez que pasa por delante de ellas...—No negaré, empero, que, precisamente en los más crudos meses invernales, cuando hace buen tiempo, lo cual acontece largas temporadas, las tardes de paseo de Madrid son deleitosísimas, especialmente en el Buen Retiro, en la Fuente Castellana y en Atocha...—¡Qué cielo tan azul y diáfano! ¡Qué sol tan cariñoso! ¡Qué vista la del *Cerrillo de los Angeles*, por ejemplo, desde el gran bal-

Saltemos otra vez de Madrid, y digamos algo de sus *tardes* de verano y de invierno, con perdón de los respetables lectores moratinianos que se hayan cansado de tanto viajar por el presente artículo, y echen de menos las unidades de acción, tiempo y lugar, que ya sólo se estilan dentro de la tumba...

Verdaderamente, en Madrid no hay verano para las personas de alto copete, supuesto que todas ellas y algunas sin copete ninguno se marchan á provincias ó á tierra extranjera, tan luego como aprieta el calor, y las restantes viven escondidas en los camarotes de su respectivo medio piso, con todos los balcones herméticamente cerrados, cuidando del botijo de agua fresca que constituye todas sus delicias, y defendiendo contra la polilla su equipaje de invierno, hasta que, cerca del obscurecer, se reunen en el Prado de San Jerónimo, donde continúan asfixiándose y aburriéndose, sin más recreo que ver alguna vez á tal ó cual amigo, también fastidiado, que les recuerda ó promete los placeres de la chimenea, del paletot, de

la capa, del abrigado Café lleno de humo, del caldeado Teatro Real, etc., etc.

Estos placeres del invierno de Madrid consisten, por la *tarde*, en dos cosas principalísimas: para los hombres ó caballeros, en hablar de política, ya sea en las Cortes, ya en los cafés, ya en los casinos, ya tomando el sol en los paseos públicos... (porque la política es todo ó el camino de todo en estos tiempos de régimen constitucional); y para las mujeres ó damas, en envidiar ó criticar las unas los vestidos y sombreros de las otras, ó sus carruajes y caballos, salvo el fugitivo momento que dedican á mirar al mozallete favorito, cada vez que pasa por delante de ellas...—No negaré, empero, que, precisamente en los más crudos meses invernales, cuando hace buen tiempo, lo cual acontece largas temporadas, las tardes de paseo de Madrid son deleitosísimas, especialmente en el Buen Retiro, en la Fuente Castellana y en Atocha...—¡Qué cielo tan azul y diáfano! ¡Qué sol tan cariñoso! ¡Qué vista la del *Cerrillo de los Angeles*, por ejemplo, desde el gran bal-

cón del Paseo de los Coches en el llamado Parque de Madrid! ¡Y qué madrileñas... no de mis pecados, sino de los vuestros, pues que vosotros estáis todavía en activo servicio! ¡qué madrileñas, siempre renovadas, ya por los afeites, ya por la reproducción ó sucesión natural! ¡qué madrileñas, digo, síntesis de las varias razas de la Península, y cruce, por consiguiente, de todas las hermosuras, discreciones y donaires en que es tan fecunda esta patria de eúskaros, godos, árabes y lemosines!

Por la inversa, nada más soso y aburrido que las *tardes* de invierno en provincias.—Desde que pasan las Ferias; desde que los veraneadores se reconcentran en Madrid ó en las grandes capitales, el tedio acampa en las ciudades de segundo ó tercer orden. Las *horas* parecen siglos; la incomunicación engendra la ictericia; toman el sol, de tres á cuatro, en distintos y solitarios andurriales, los hijos de aquellas sedentarias poblaciones, disgregados por intestinas guerras; la envidia, la impotencia y los rencores tradiciona-

les, cristalizados por el frío de la pereza y el desaliento, convierten la vida en páramo infernal, no ensoñado por el autor de *La Divina Comedia*, pero del cual hizo menudo análisis el autor de *La Comedia humana*.—Es, por tanto, un refrán de invierno aquél que aconseja á cuantos puedan disponer de sí propios: *Ó corte, ó cortijo*.